



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

**COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

**CARTA A JULIO CORTÁZAR**

INFORME ACADÉMICO POR ARTÍCULO ACADÉMICO  
QUE PARA OBTENER EL GRADO DE LICENCIADO EN ESTUDIOS  
LATINOAMERICANOS  
PRESENTA

**JOSÉ DOMINGO ARREOLA JIMÉNEZ**

ASESOR:

**DOCTORA BLANCA JOSEFINA RODRÍGUEZ GAONA**

MARZO 2009.



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A Martha Alejandra Trigueros Luz.*

*A la Huelga insumisa y plebeya de 1999 que  
detuvo la privatización de la UNAM, escribiendo así  
una página imborrable en la historia del país.  
A todos los que le dieron vida durante sus 295 días;  
a todos los que resistieron la cárcel y brindaron  
un ejemplo de fortaleza y dignidad.  
A todos aquellos que diez años después  
la llevan tatuada en el alma.*

*A mi pedacito de país: San Salvador Atenco.  
Al Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra  
por su espíritu indomable, por su alegría,  
por demostrar que la organización popular  
lleva a la victoria.*

*A Ignacio del Valle y Felipe Álvarez  
que a diario cometen el imperdonable  
delito de ser representantes de  
lo mejor que ha nacido en nuestros suelos.*

*A todos los presos políticos de México, para  
quienes desde estas líneas  
exijo su inmediata libertad.*

*A mi carnalita,  
América del Valle, por su tesón y bravura,  
por no rendirse y construir, pese a la  
persecución política a la que ha sido sometida,  
un cachito de triunfo, un cachito de libertad.*

*A mi familia. De manera particular  
a mi viejita querida,  
Doña Alejandrina Jiménez, que limpiando casas  
me enseñó la necesidad de tomar un trapo,  
de echar agua y una pulidita a la sociedad  
para que algún día el pueblo entero disfrute de una vida digna.*

*A todos aquellos, en fin, hacedores de un mejor futuro.*

## **Introducción.**

“Pensar es servir” escribió José Martí. Esa frase, desde su sencillez, resume bien la tarea de los pensadores en estas tierras. Para quien esto escribe fue el punto de partida que permitió poner en la palestra un debate que si no es nuevo por lo menos se renueva a cada instante. No es tarea fácil el intento de profundizar en la polémica de lo que debe ser la labor de un intelectual, o mejor dicho, de las distintas responsabilidades que sobre él recaen, hay múltiples aristas que apenas pueden tocarse en unas cuantas páginas por la vastedad y la complejidad del tema.

Es, sin embargo, una idea central la que recorre la *Carta a Julio Cortázar*: el intelectual es un ser político, con responsabilidades ineludibles desde su oficio de creador, en un contexto en el que nuestra América, poco a poco, va rompiendo las amarras que durante mucho tiempo la tuvieron atada. La cultura latinoamericana es hija de la rebelión y la resistencia, del espíritu libertador, de quienes resistieron la colonización, de quienes conjugaron sangres distintas para formarnos; de los que pelearon por la independencia y el sueño de crear algo propio; de quienes en el siglo XX tomaron la palabra y quisieron liberarse por completo y de quienes, hoy día, son continuadores de esa historia. En todo ese recorrido histórico, en todo ese camino, hubo siempre pensadores, intelectuales, que no sólo escribieron con la idea de contribuir a esos procesos, sino que también se sumaron a ellos decididamente en su accionar, es decir, sirvieron desde su condición de pensadores pero al mismo tiempo desde su condición de seres humanos y, por tanto, de seres políticos.

La *Carta a Julio Cortázar* ha sido una aventura, un reto, un juego y una responsabilidad. Una aventura por lo que en el terreno literario significa, es decir, la posibilidad de adentrarse en una discusión política y social mediante la creación literaria. No es que el medio por el que aquí se escribe sea una invención, todo lo contrario. La figura epistolar en la literatura es bastante vieja, pero permite, como ningún otro género, una forma de comunicación más íntima y fraterna y, al mismo tiempo, apelar al lector desde la ficción de un interlocutor. Como señala Ana Rueda

El discurso epistolar es una de las formas de comunicación más perdurables y complejas, que sale a la superficie o se sumerge según el clima discursivo de la época y sus prácticas escriturales. En prosa o verso, *la carta ha sido medio satírico, político, pedagógico*. Su fin puede ser religioso o secular. La flexibilidad del género ha permitido que se amolde a la correspondencia amorosa, a la relación periodística, al registro de los viajes, al ensayo, a la literatura utópica o a la poesía.<sup>1</sup>

En esa aventura, forma es fondo y viceversa, lo que se dice vale por la forma en que se dice. No ha sido, por eso mismo, fortuito elegir el género epistolar, con él- y por él- se juega traspasando la barrera de un ensayo rígido a un escrito que dé pie a la cercanía entre el remitente y el destinatario, a la confianza, a la charla amistosa, al debate, etc., intentando que no por ello carezca de seriedad académica, de ahí el reto y el juego.

Reto porque el juego de la literatura es, a pesar de todo, un juego serio y comprometido. Un juego que explora, propone, retoma y se adentra en el plano literario, para sí mismo, pero con el reto de no dejar a la deriva la idea, o las ideas, que pretenden ser el punto nodal del escrito. Compromiso que nace justamente en el plano de las letras pero también en el ámbito político. Cuando se escribe se trata siempre de exponer algo, de decir, de tocar alguna fibra en el lector, de hacerle recordar una discusión o proponer

---

<sup>1</sup> Ana Rueda, *Cartas sin lacrar. La novela epistolar y la España ilustrada, 1789-1840*, Madrid, Editorial Iberoamericana, 2001, p. 57, cursivas mías.

una nueva, de ahí el compromiso con lo que se escribe y la forma en la que se escribe; de ahí que se busque el equilibrio entre el compromiso político y el compromiso literario, en otras palabras, que ambos se conjuguen sin que uno u otro termine eclipsado.

Y en ese sentido jugar a escribir y, más aún, escribir a Julio Cortázar resulta difícil y fascinante. Cortázar, considerado como uno de los más grandes exponentes de la literatura universal, es un excelente ejemplo de esa labor intelectual, de ese compromiso en ambos terrenos. De ese compromiso con lo mejor de la humanidad, sobre todo después de la revolución cubana, pero también con el espacio de la creación, donde intentó innovar, jugar, recrear, o como él decía, hacer “revolución en la literatura”.

*Carta a Julio Cortázar* es, por todo ello, un intento apenas de conjugar responsabilidad- en terrenos que a veces parecen incompatibles como el literario y el político- y juego, realidad y ficción, que pueda contribuir, modesta y mínimamente, a un debate necesario e ineludible en un contexto nacional e internacional como el que vivimos. Ha sido también un lindo pretexto para incluir algunas ideas sobre el papel de la literatura como un elemento de pelea, de cambio, de progreso; como elemento que sea capaz de dar voz a quienes, a través de la muerte, las desapariciones, la cárcel y la represión en otras formas, son silenciados y negados. Por eso estas líneas son un homenaje sencillo a todos ellos porque han cambiado el rumbo de la historia, porque ellos, más que nadie, son los creadores de la realidad y el sueño.

Finalmente si el escrito abre paso a una polémica, si desata alguna réplica de los lectores-destinatarios de esta carta- algo se habrá conseguido entonces.

## Carta a Julio Cortázar.

*“En lo más gratuito que pueda yo escribir asomará siempre una voluntad de contacto con el presente histórico del hombre, una participación en su larga marcha hacia lo mejor de sí mismo como colectividad y humanidad. Estoy convencido de que la obra de aquellos intelectuales que responden a esa pulsión y a esa rebeldía se encarnará en las conciencias de los pueblos y justificará con su acción presente este oficio de escribir para el que hemos nacido.”*

*“al fin alzando juntos el futuro, al fin transfigurándose en sí mismos, mientras la larga noche de la infamia se pierde en el desprecio del olvido.”*

Julio Cortázar.

Julio querido:

Hace rato ya que te debo unas líneas, unas cuantas palabras apenas que, de poco en poco, se han ido acumulando en el tintero, en la cabeza y en el pecho. Tú mejor que nadie sabe lo necesario que se vuelve el platicar con alguien, así nomás, sin la rigurosidad de la academia y el claustro, sin el mote de sabihondo pintado en la frente o en las tertulias literarias; lo necesario de una charla personal, de una plática íntima y honesta. Nada mejor para tal fin, según parece, que una carta. Van, por eso, algunas ideas e inquietudes que deseo compartirte.

Seguro sabrás lo mucho que se ha ido transformando el mundo desde aquellos días en que, como buen cronopio, te marchaste a un viaje largo sin aviso previo. El campo socialista hizo agua y, acto seguido, se declaró el fin de la historia, la victoria total

y absoluta del capitalismo, con su centro en el imperio norteamericano. Se impuso el neoliberalismo como receta en el mundo, con resultados desastrosos pues, en menos de tres décadas, acá en América Latina, las desigualdades sociales aumentaron estrepitosamente, socializando, eso sí, la pobreza entre los pobres. La riqueza del planeta la concentran poquísimas manos y los que dueños creen ser de todo y de todos aprietan el paso para conquistar o reconquistar la superficie total de la tierra. El hambre, el analfabetismo- esa especie de hambre que sufre el hombre en el alma- el terror, la política del miedo, medran como plaga en un jardín.

Nuestra América, tu América Latina, la América Mestiza, ha sido, sin embargo, un punto de resistencia, una especie de muralla que los yanquis, por más intentos que hacen, no pueden derribar. Es cierto que han avanzado, que la cultura, la política, la economía son campos donde hincan el diente y así pretenden conquistar nuestras tierras en nombre del dios dinero. No ha sido fortuito, vos lo sabés desde que caminabas por aquí, que los latinoamericanos seamos mirados de otra forma, no ya como patio trasero, ni como fruta madura que caerá para ser tragada de un bocado. En gran medida se lo debemos, Julio, a esa isla pequeñita, a su pueblo y a sus líderes, se lo debemos, aunque a algunos les duela reconocerlo, a la Cuba de Fidel, es decir, la Cuba bailadora y socialista. Mucho ha sido su mérito porque después de esa andanada ideológica que representó el “triumfo” del capitalismo, cuando de cachito en cachito se caía el muro y la Plaza Roja era ocupada para grabar comerciales de la perestroika y no había nada más para otear como horizonte, Cuba siguió ahí, sola, solita porque no pocos, de ésos que conocés, renegaron rápidamente de su pasado y se subieron a la cresta de la ola para aparecer, ante el imperio y las burguesías locales, como animales domesticados en espera de alguna

migaja. Se pronosticó lo peor, se pronosticó la muerte total de una alternativa. A los cubanos no se les daba ni medio año de resistencia y ya ves. Indudablemente, hasta hoy día, nuestros hermanos resienten los efectos del llamado período especial, pero sin quebrarse anduvieron y construyeron, a su modo, fuera de manuales, su socialismo. Contra todo pronóstico, contra la algazara yanqui y sus vocingleros, los cubanos resistieron y, afortunadamente, cumplirán sus primeros 50 años en revolución diaria. No quiero extenderme en el punto, no demasiado, si lo menciono es porque Cuba, es el ejemplo, más allá del cliché, de lo que caracteriza a los latinoamericanos.

Quise poner en la mesa esa idea, con Cuba de muestra, para subrayar algo que Alfonso Reyes señalaba hace ya algunos años. Me parece que decía “y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocemos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros.”<sup>2</sup> Coincidirás conmigo en que eso sucedió, quizá del modo más diáfano, con la Revolución Cubana y después toda esa explosión de los movimientos de liberación nacional, aunque algunos no alcanzaran sus metas, le decían al mundo “aquí estamos, tendrán que contar con nosotros”. Porque el maestro Reyes no se refería exclusivamente, me parece y quizá a ti también, a la cuestión intelectual sino a la cultura de los latinoamericanos. No es un término sencillo, algunos ya estarán preparando la picota o la espada para combatir tamaño atrevimiento, quiero decir, la osadía de plantear la existencia de “una cultura” latinoamericana. No desdeño, ni soslayo en lo absoluto, las distintas aristas y las múltiples complicaciones que surgen a raíz de tal atrevimiento, es cierto, sin embargo, que aún las culturas originarias de estas

---

<sup>2</sup> Alfonso Reyes, “Notas sobre la inteligencia americana”, en *Obras completas*, tomo XI, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 88.

tierras o lo que de ellas se conservó, son, de modo particular, “una cultura” latinoamericana, con sus formas de entender el mundo, con su visión de la vida y la muerte, con toda su cosmogonía, etc., pero también lo es la sangre negra que recorre las entrañas de hombres y mujeres latinoamericanas conjugada con sangre de conquistadores, es decir, toda esa mezcla, ese mestizaje en conjunto han formado lo que somos, ni más ni menos. Pero, como ha mostrado la historia, uno es el rasgo esencial, desde la conquista, los movimientos de independencia en el siglo XIX, las revoluciones del XX y los procesos que hoy día vivimos: el de la resistencia, el de la lucha constante por tomar parte del tribunal internacional y gritar, con sonoro estrépito, “esto somos, tendrán que contar con nosotros”.

Por eso es pertinente citar a Roberto Fernández Retamar, tu entrañable amigo, cuando dice “nuestra cultura es- y sólo puede ser- hija de la revolución, de nuestro multiseccular rechazo a todos los colonialismos; nuestra cultura, al igual que toda cultura, requiere como primera condición nuestra propia existencia...La cultura latinoamericana, pues, ha sido posible, *en primer lugar*, por cuantos han hecho, por cuantos están haciendo que exista ese <<pueblo magno>> de <<nuestra América>>...”<sup>3</sup> No se equivocaba, esa es la constante, lo que nos identificó e identifica ante el resto del planeta.

América Latina se puso, otra vez, de pie. Es lindo, de verdad querido Julio, que nuevamente se esté hablando de socialismo, de un nuevo socialismo y, por méritos propios, se hace desde esta parte del globo. No es sólo Cuba y Fidel, va también en esta marcha por hacer independiente de manera real e imperecedera a nuestra América, la valerosa Venezuela que ya resistió un golpe de Estado en abril del 2002 y que avanza,

---

<sup>3</sup> Roberto Fernández Retamar, “Calibán”, en *Letras, Arte y Revolución*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1977, p.266

con dificultades y todo, en dirección contraria a lo dictado desde Washington y los organismos financieros, la figura de Hugo Chávez va al frente del proceso; va la Bolivia indígena de Evo Morales que se cansó de ser tratada como extraña en su tierra y que, cuando esto escribo, enfrenta la reacción de quienes siempre humillaron al indio, de esa burguesía que se chupaba, como sanguijuela, el gas, el petróleo, el agua y todos los recursos naturales en beneficio propio; va Ecuador que logró, apenas hace unos días, aprobar una nueva constitución en busca de mejora para la población, para los olvidados, para los menos favorecidos por años y años de neoliberalismo y políticas entreguistas, Rafael Correa es, sin duda, un digno representante de ese tozudo pueblo; y luego Nicaragua, la dulce Nicaragua, tu dulce Nicaragua, y Paraguay, después, aunque más atrás, la Argentina, Brasil y alguno más que se me escape. Ellos, esos pueblos, con Fidel-todavía en la primera línea- encabezan ese proceso de decir al mundo y al capitalismo voraz que no será tan fácil, que los hombres, las mujeres, los niños, los ancianos de estas tierras pelearán, que darán su sangre, su vida, su muerte, su último aliento, por alcanzar ese sueño que otros soñaron y pelearon. Todos esos procesos y los movimientos que nacen resistiendo la embestida neoliberal, nos van moldeando, nos van haciendo y naciendo, esa es la cultura, nuestra cultura latinoamericana.

Sé que me rebatirás y dirás que no es la única cultura porque si el símbolo de ésta es la resistencia y las ganas de luchar por un mundo mejor existe, desde luego, su antítesis. Es decir, existe también una cultura anti-latinoamericana: la cultura de los opresores, de quiénes miran al norte buscando que el imperio estadounidense los mime por ser sus fieles cachorros; la cultura de quienes intentan imponer ideas y formas de entender el mundo a punta de plomo y hierro; la cultura de quienes pretenden ceñirlo

todo a las reglas del mercado; la cultura de los que arrebatan las tierras a los campesinos en nombre de la modernización; la cultura de los que acaban con los campos cultivables debido a su voracidad; la cultura de los que en vez de alimentar a la humanidad ahora pretenden convertir los productos agrícolas en combustibles para alimentar automóviles, tanques y guerras. Existe pero en agonía, su muerte se acerca y será obra de todos los oprimidos que toman en sus manos la historia.

Por eso, Julio, hay una pelea constante que no puede soslayarse y si alguien desde la comodidad de su altillo intenta negarla, no sólo es un irresponsable, es también copartícipe de lo anti-latinoamericano.

En esas andamos, de una manera u otra, en todos los rincones de América Latina, y pienso, con sinceridad, que si vos pudieras estar aquí pasearías por estas calles no como turista, con su traje típico: los shorts, la cámara, las gafas oscuras y la cara de alelado, no, desde luego que no. Vos estarías tomándole el pulso a cada pueblo, a cada rincón, estarías marchando, llorando y cantando con los tuyos, haciendo poemas, dictando conferencias, no ya como un modo de vida propio del intelectual sino como un soldado más de esta batalla. Y es que desde esa labor tuya iniciada con ese parto que significó la Revolución en Cuba y después tu fervor, tu amor, tu compromiso con Nicaragua, me hacen pensar, justamente, en la labor del intelectual en América Latina en este contexto, en este panorama cambiante, en esta nueva eclosión de los que hemos sido tanto tiempo humillados y negados. ¿Qué debe hacer o qué hace un intelectual en estas circunstancias?

\*\*\*

Perdona si va saliendo larga la cartita pero hay tantas cosas que necesito decirte y, más aún, preguntarte. Ahora mismo me recuerdo una carta que le enviaste a Roberto Fernández Retamar sobre el tema. Es necesario partir de una concepción del intelectual y cuando digo intelectual, cuando pienso en intelectual latinoamericano, no estoy pensando en esa imagen típica del hombre con boina, café, libro y cigarro en mano que no sale del marasmo y la fascinación de las letras; no pienso en ese hombre o mujer absortos en una realidad personal incapaces de mirar una realidad social; no pienso en los que defienden la idea de la pureza, del arte por el arte, de la belleza en abstracto. Esa idea del intelectual, esa visión, me parece deplorable y más deplorable aún que exista quien la defienda.

Mientras la gente se rompe los huesos por medio comer y sobrevivir, mientras la guerra de exterminio continúa en todas partes del mundo, mientras las cárceles de muchos de nuestros países se llenan de inocentes y de luchadores sociales, para mí, como vos escribías, “el problema del intelectual contemporáneo es uno solo, *el de la paz fundada en la justicia social.*”<sup>4</sup>

Y es que la realidad social va pidiendo definiciones a todos y cada uno. Descarto desde ya la posición de quienes enarbolan la pureza de un altillo, la pureza de una burbuja a la que, pomposamente, llaman el campo intelectual. Ellos están al servicio, les guste o no, de quienes intentan frenar la gran marcha emprendida por los pueblos latinoamericanos en busca de su liberación absoluta. Quiero en cambio pensar en el intelectual latinoamericano pero, si no resulta un pleonasma, desde la izquierda, desde las fuerzas que pugnan por el cambio, por la justicia social.

---

<sup>4</sup> Julio Cortázar, “Situación del intelectual latinoamericano, carta a Roberto Fernández Retamar.” en *Obra crítica, tomo III* (edición de Saúl Sosnowski), Buenos Aires, Alfaguara, 1983, p. 32.

Es en este terreno donde me nacen una serie de preguntas ¿qué responsabilidad tiene un intelectual en América Latina hoy día? ¿Cuál es su papel? ¿Cumple con las expectativas que se crean en derredor suyo?

En primera instancia, querido perseguidor, la responsabilidad de un intelectual, como pensador y hombre de letras, es la de hacer de su medio un campo minado, una trinchera, un espacio más de pelea contra quienes, a horca y cuchillo, pretenden hacernos sus esclavos. Pero esto lleva una responsabilidad elevada al cuadrado porque al mismo tiempo tiene que responder a la realidad social en la que su medio está inmerso. Un colega tuyo, uruguayo por más señas, planteó lo siguiente:

Pero mientras tanto, mientras América Latina siga siendo un volcán, mientras la mitad sean analfabetos, mientras el hambre constituya la mejor palanca para el chantaje más fuerte, mientras los Estados Unidos se consideren con derecho a presionar, a prohibir, a invadir, a bloquear, a asesinar, a impedirnos, en fin, que ejerzamos, nuestro pleno derecho a existir, e incluso de nuestro derecho a morir por nuestra cuenta y sin su costosa asistencia técnica; mientras América Latina busque, así sea caóticamente y a empujones, su propio destino y su mínima felicidad, permítasenos que sigamos pensando en el escritor como alguien que enfrenta una doble responsabilidad: la de su arte y la de su contorno.<sup>5</sup>

Coincido con él desde luego, pero hay algo más: el escritor, el intelectual, el músico, deben ser antes que otra cosa, para aportar a la realidad, para asirse de ella y transformarla, un buen escritor, un buen intelectual, un buen músico. Allí, en lo que hacen, nace su primer compromiso. Y ese compromiso no se queda en crear el más hermoso de los poemas, sino en que el poema diga, toque fibras, sensibilice y muestre esa parte del entorno que otros ojos no logran mirar. Es decir, no se trata de que, en busca de

---

<sup>5</sup> Mario Benedetti, "Situación del escritor en América Latina" en *Critica Cómplice*, La Habana, Instituto Cubano del libro, 1971, p.15

ajustarse a la realidad, la obra intelectual (la jerga de moda diría producto) decaiga en calidad pero tampoco que apelando al compromiso del medio intelectual se eluda el que se tiene con la realidad.

Surge esa doble, triple o cuádruple responsabilidad encaramada en una sola “entendiendo por responsabilidad la conciencia de la libertad y de la autodeterminación de nuestros pueblos y la decisión de participar en el proceso que los lleve a ellas o las consolide si ya están logradas.”<sup>6</sup>

Por eso mismo pienso que el papel del intelectual en una realidad como la nuestra, no se reduce sólo al campo de la creación, o mejor dicho, su papel es mucho más que ése. Vos ¿qué pensás?, ya sé, ya sé, es difícil que me contestes ahora, así que te robo unas palabras:

Creo... que nuestro quehacer tiene que abrirse a todas las direcciones posibles, según las vocaciones y las posibilidades de cada uno, y *que desligar la obra de toda la militancia es dar la espalda a nuestros pueblos* en nombre de supuestos valores absolutos que el volcán de nuestro tiempo contemporáneo convierte en hojas secas y en olvido. De sobra sabemos que en América Latina hay escritores que no renuncian a la feria de las vanidades editoriales ni a los galardones de la sociedad privilegiada que los adula, y que se obstinan en el anacrónico refugio de sus torres de marfil. Nada han hecho ni nada harán para evitar que un día pueda caer también sobre ellos el fuego del napalm o la bomba de neutrones; acaso creen, basándose en lecturas esotéricas, que el marfil los protegerá de las radiaciones.<sup>7</sup>

Así, cronopio del alma, puedo decir sin resquemor de ningún tipo que la responsabilidad del intelectual latinoamericano, antes que nada, es la de ser partícipe de la liberación, de la lucha que emprenden los nuestros por crear con manos propias su destino. La responsabilidad de hacer avanzar la cultura latinoamericana, la de resistir los

---

<sup>6</sup> Julio Cortázar, “El escritor y su quehacer en América Latina”, en *Nicaragua tan violentamente dulce*, México, Editorial Katun (serie realidad social), 1984, p.96.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 106, cursivas mías.

embates del neoliberalismo, la de crear a punta de sacrificios y no poco dolor, un mejor lugar para los nuestros, un mejor presente y un mejor futuro.

Es impensable, lo sabés, hacer una diferencia entre la obra (la creación artística) y las acciones de un intelectual. Yo prefiero entender la *obra*, así con cursivas para que no se olvide, como el producto total del intelectual, como su pensamiento y su actuar al unísono. La responsabilidad ineludible en estos momentos de nuestra historia para el intelectual de estas tierras es la defender esos procesos de los que te hablé, la de hacer, fundido con el pueblo entero, libre y soberana esta parte del globo. No se trata, en modo alguno, de fe ciega, de hacer un panegírico y una retahíla de lugares comunes. Se trata de aportar y criticar pero siempre asumiendo la parte de la trinchera y de la historia que le toca.

\*\*\*

¿Cuál es, entonces, el papel del intelectual? El primer gran shock que se sufre es cuando, en una cultura como la nuestra y en un contexto como el actual, el pensador, el intelectual se da cuenta de que desconoce América Latina. Que la realidad rebasa los esquemas que a lo largo del tiempo se le fueron formando, que la realidad no es estática y no es, mucho menos, un museo en el que todo puede verse con detenimiento y sin el peligro de que, de pronto, las piezas te salten en la cara.

Según yo, una parte del rol que juega es el de comprender, lo más posible y aunque el resultado sea mínimo, la quemante y viva realidad. En otras palabras asir la realidad dejando que ésta lo abrace, como si de un romance se tratara. No es tarea sencilla, hay mil escollos y trabas para ello, pero el intelectual que se respete no eludirá

esa titánica tarea. Hoy día tendrá que problematizar sobre el proceso revolucionario en Venezuela y tratar de entender, entre otras cosas, la necesidad de una organización central que dote de mayor poder al pueblo; o las medidas que se toman en Bolivia, las transformaciones en Ecuador y en Cuba etc., y puede criticar todo lo que quiera, siempre que la crítica sea fraterna, constructiva y no sirva como pretexto o bandera de los que quieren frenar, a toda costa, estos procesos; siempre que ayude a remontar los obstáculos y encamine sus ideas en la misma dirección que el pueblo latinoamericano.

El mejor modo de lograrlo es empapándose del sudor del pueblo, de su lucha cotidiana, de su porfía constante. El intelectual aparece, y así se le ve por donde quiera que ande, como una especie de guía o babalao, por esa razón no pocas veces comete el error de decir “pueblo mío, yo te enseño”. Esa posición no sólo tiene el clásico tufo petulante y soberbio, lo que ya es repugnante, también arrastra un craso error: se pierde, de ese modo, la oportunidad de un aprendizaje recíproco, de un aprendizaje entre iguales, de tú a tú con quienes levantan los países y su historia. Otro argentino, el más argentino, el más latinoamericano y humano de estas tierras, Ernesto Guevara- tu hermano- el Che, planteaba la necesidad de aprender de ese pueblo, pues es de él donde más se aprende, es el mejor maestro y la mejor escuela. No se equivocaba. El intelectual es maestro pero también es alumno, es guía y es guiado, de esa manera logra asir y asirse a la realidad.

Perdoná si no te parece del todo correcto, pero como sé que la falsa modestia no va contigo, resaltaré algunos puntos importantes, sin hacer una apología porque sos mi ejemplo. Para todos es sabida tu extracción social, tu especie de exilio voluntario en París, tu comodidad económica y cultural, pero por un grado real de ética, de sensibilidad, de amor a tu tierra, saltaste la *Rayuela*. Te comprometiste en todos los

sentidos, te jugaste la vida en tu labor de portavoz, de maestro y alumno, de militante con lo mejor de la humanidad. De alguna manera uno puede pensar que no tenías necesidad, ya tu lugar en la historia estaba reservado, ya te inscribías como uno de los más grandes hombres de la literatura en el mundo, pero no, corriste el riesgo, dejaste atrás esa vieja visión, sentiste el dolor y el sabor de las victorias, acá con los tuyos aunque estuvieras en Europa; entendiste y aceptaste el reto que puso, a ti y a muchos, la historia, esta historia viva y fascinante. “De la Argentina se alejó un escritor para quien la realidad, como la imaginaba Mallarmé, debía culminar en un libro; en París nació un hombre para quien los libros deberían culminar en la realidad”<sup>8</sup> le decías a Roberto, con honestidad. De eso se trata, de que la obra, así como la entiendo, tenga fin y principio en la realidad, que influya en ella y la modifique. Ese es el papel y el reto de los pensadores latinoamericanos.

\*\*\*

Ahora bien ¿cuáles son las expectativas que se crean alrededor del intelectual? Si lo vemos, casi por naturaleza, como *guía* entonces ése será el primer nivel. No es del todo malo que así ocurra, lo malo reside en que se toman demasiado en serio el papel, muchas veces, sin la humildad necesaria para ello. Se le ve como guía en tanto trata de desentramar el andamiaje de la realidad latinoamericana, en tanto logra sugerir medidas que pueda retomar la población para no pocos de los problemas reales y cotidianos; en tanto contribuya a dar respuesta a lo más apremiante en los lugares donde hay resistencia o donde hay revoluciones en marcha; en tanto logra sentir las pulsaciones del pueblo y contribuye a su avance social, político y cultural.

---

<sup>8</sup> Julio Cortázar, *Situación del...*, op.cit, p.36.

Pongamos entonces que es guía y, como ya he dicho, guiado en esa dialéctica inevitable. Sin embargo no se reduce sólo a ello y quizá antes que nada tiene un papel de *ser moral*. Bertolt Brecht escribía al respecto “Para mucha gente es evidente que el escritor- y el intelectual diría yo- *debe escribir la verdad*; es decir no debe rechazarla ni ocultarla, ni deformarla. *No debe doblegarse ante los poderosos; no debe engañar a los débiles...*”<sup>9</sup>

El intelectual latinoamericano echa por la borda la expectativa creada en derredor suyo cuando miente o dice verdades a medias. No hace mucho, en Venezuela, la señal de un canal de televisión manejada por una empresa privada pasó a manos del Estado. Inmediatamente los dueños, que se encargaban de llenar de veneno y basura la mente de los venezolanos; que participaron en el golpe militar contra Hugo Chávez; que no cumplían con las normas de transmisión (el mínimo de programas educativos o los horarios para niños y adultos, entre muchos otros), pegaron el grito en el cielo, apelando a la “libertad de expresión” y calificando de “poco democrático” al presidente. Lo peor no fue eso, se entiende su deseo por conservar su privilegio, lo peor es que no pocos “intelectuales” venezolanos y de otras latitudes hicieron eco. No repararon en nada, no repararon, por ejemplo, en la determinación legal que existía para dar fin a la concesión; ni tampoco en que el gobierno jamás censuró uno solo de sus programas. No dijeron tampoco que Hugo Chávez es el presidente más votado ganando 11 elecciones en tiempo récord y que supo reconocer la derrota cuando así ocurrió. En ese sentido, al ocultar una parte de la realidad el intelectual deja de cumplir con las expectativas, es decir, deja de servir a la sociedad. Para muchos, los momentos de definición, tú lo sabes, sirven para saltar la talanquera.

---

<sup>9</sup> Bertolt Brecht, *Las cinco dificultades de decir la verdad*, en [www.lainsignia.org/](http://www.lainsignia.org/), p.1, cursivas más.

Quienes se dicen intelectuales desde este lado de la trinchera y en un primer momento apoyaron el ascenso de Chávez no estaban haciendo nada especial, no es un acto de madurez política, eso es fácil porque la ola democrática lo exige, pero muchos de ellos, ante el avance y la radicalización del proceso, se convierten en los más feroces de sus críticos y, por la vía de los hechos, en soldados de los contras. Como apuntó Brecht:

*Escribir la verdad es luchar contra la mentira, pero la verdad no debe ser algo general, elevado y ambiguo, pues son las brechas por donde se desliza la mentira. El mentiroso se reconoce por su afición a las generalidades, como el hombre verídico por su vocación a las cosas prácticas, reales, tangibles. No se necesita un gran valor para deplorar en general la maldad del mundo y el triunfo de la brutalidad, ni para anunciar con estruendo el triunfo del espíritu en países donde éste es todavía concebible. Muchos se creen apuntados por cañones cuando solamente gemelos de teatro se orientan hacia ellos. Formulan reclamaciones generales en un mundo de amigos inofensivos y reclaman una justicia general por la que no han combatido nunca. También reclaman una libertad general: la de seguir percibiendo su parte habitual del botín. En síntesis sólo admiten una verdad: la que les suena bien.*<sup>10</sup>

A veces, che, es frecuente cometer uno de esos errores garrafales, de esos que no pueden zanjarse. Se idealiza, por ingenuidad o por apego a los manuales y las teorías, un proceso revolucionario o un movimiento social. El intelectual cae en un abismo del que no logra salir, creyendo que los procesos son inmaculados o un milagro divino, se pierden en ese boquete negro sin atender y entender que quienes se parten el alma no son ángeles o santos, sino seres humanos y por eso pueden cometer errores. Se horrorizan ante ello, se les cae lo que consideran debe ser puro y prolijo, y como pretexto dicen “es que la revolución, el proceso, o el movimiento ha sido traicionado en sus principios, se ha envenenado” empeñándose, acto seguido, en resaltar todo lo malo, todas las limitantes,

---

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 2, cursivas mías.

todos los excesos, todos las equivocaciones, brindando apenas, por no quedar mal, una palabra de aliento.

Así pasó, lo viviste, con Cuba, con Nicaragua y pasará con todo país, con todo pueblo, que logre tomar el poder y se ponga como meta la erradicación de la injusticia. De ese modo el intelectual, como ser moral y ético, como responsable de buscar y decir la verdad, se doblega ante el poderoso, engaña, miente, tergiversa la realidad, pierde toda calidad ética y moral, pierde su papel. Ese intelectual es inservible, obsoleto a la realidad social. Ese intelectual, por muy bueno que sea en su creación artística, no juega más papel que el de un fardo.

Como escribió Ambrosio Fonet:

Se puede ser de izquierda- morir de vejez en la izquierda- sin sentirse obligado por eso a cerrar filas con las masas o a comprometerse en la acción revolucionaria. Después de todo un escritor o un artista no es un hombre de acción, y en cuanto a su adhesión moral, sabemos que es posible asumir todo el sufrimiento del mundo sin olvidarse, cuando truena, de sacar el paraguas... La razón que nos permite despreciar y condenar al artista que se hace cómplice directo o indirecto del imperialismo, es la misma que nos lleva a rechazar el arte académico y nos impide imaginar siquiera un arte que sea a la vez auténtico y contrarrevolucionario.<sup>11</sup>

Hemos escuchado, o leído, a intelectuales que se mueren de vejez en la izquierda, hablar de rebeldía, de revolución, de resistencia, de humanidad, de la necesidad de la lucha, sin inmutarse, pero sus actos distan mucho de ser hermanos del discurso. El hombre- intelectual o no- que haga lo contrario a lo que predica es, sencillamente, un deshonesto. Y hablando del intelectual, por el papel que la sociedad le concede, esto es todavía más grave. El intelectual es también un ser político y, debido a que la obra es una

---

<sup>11</sup> Ambrosio Fonet, "El intelectual en la Revolución", en *Letras, arte... op.cit*, p.316

totalidad, que no puede separarse la creación artística de la responsabilidad social, un hombre de acción.

El intelectual mentirá cuando diga “estoy por la paz y la justicia” y condene, por ejemplo, los movimientos sociales que buscan preservar los derechos más elementales como la educación, la vivienda, la seguridad social o la defensa de los recursos naturales, porque sabe, y lo sabemos todos Julio, que la única manera de conseguirlos o mantenerlos es a través de la movilización, muchas veces enconada y violenta, pero originada por la estructura de poder que no deja más caminos. Mentirá también al saludar esos movimientos, siempre y cuando se encuentren a una prudente distancia, porque si nacen cerca de él y afectan, de una manera u otra, sus intereses entonces los lleva a la ergástula. Mentirá cuando, escribiendo lo que escribe, no pasa a la acción y juegue a las estatuas de marfil. En esos casos se hará acreedor a una medalla a la deshonestidad y, por eso mismo, a una condena, indudablemente válida, de los que intentan cambiar para bien su entorno social. Palabras sin acción resultan nada. Palabras sin acción son letra muerta.

En estas tierras, dichosamente, hay ejemplos célebres de quienes llevan hasta las últimas consecuencias lo que dicen y escriben, los que dicen haciendo. José Martí, Julio Antonio Mella, José Carlos Mariátegui; Ernesto Guevara, José Revueltas, Ezequiel Martínez Estrada, Ricardo Flores Magón, Eduardo Galeano, Mario Benedetti; Roque Dalton, Ernesto Cardenal, Roberto Fernández Retamar, Luis Britto García; Atilio Borón, Juan Gelman, Miguel Bonasso, Rodolfo Walsh, entre muchos más, son un ejemplo imborrable del dicho y el hecho como hermanos siameses, a pesar de todo y contra todo, inseparables, no obstante que a veces, desde mi percepción, algunos de ellos equivocan o

equivocaron, en algunas ocasiones los molinos al pelear, pero son honestos con la causa que han elegido.

Hay también, habrá que reconocerlo, esa otra honestidad. Al menos esa no pretende, como uno que otro camaleón, jugarle al “progre” sabiéndose profundamente reaccionario. Dos son los ejemplos más conspicuos de esa honestidad que lleva en su seno una anti-latinoamericanidad: Domingo Faustino Sarmiento y, por más que pueda ser admirable en la cuestión artística, Jorge Luis Borges. El uno hablando de “civilización y barbarie”, donde lo civilizado es todo lo foráneo, todo lo extranjero y la barbarie está representada por las “tribus salvajes” latinoamericanas; el otro escribiendo en revistas financiadas directamente por la CIA, dedicando trabajos a Richard Nixon y avalando las dictaduras militares. Ellos son los representantes de los reaccionarios, de ese intento de separar obra y hechos. Algunos fieles admiradores de Borges pugnan por esa separación, pero como bien diría Fidel: “Nuestra valoración es política. No puede haber valor estético sin contenido humano. No puede haber valor estético contra el hombre. No puede haber valor estético contra la justicia, contra el bienestar, contra la felicidad del hombre”.

Me parece entonces que un rasgo fundamental, para ese intelectual necesario en estos días y en estas tierras, es el de la honestidad. La honestidad como bandera y arma.

No te creas, sé bien el compromiso que eso implica. Si se ha de ser honesto se mencionarán, por mucho que duela, los errores, se harán las críticas. Para seguir con Venezuela, uno puede reconocer sus avances significativos en salud, educación, vivienda, etc., en cambio Chávez cometió, según alcanzo a percibir, el error de querer decretar el socialismo en un referéndum constitucional. Y vos y yo sabemos que el socialismo no se decreta, se construye y no dudo que se hará, pero falta tiempo y mayor organización.

Quien lo señaló en su momento, puede tener la conciencia tranquila porque ese es un buen modo de contribuir al proceso, de estar en la trinchera y de cumplir con su deber como hombre y pensador.

\*\*\*

Estarás vos por decirme “pará, pará, ha sido mucho ya” pero vos sabés como somos los cronopios, apasionados, posesos y necios entre otras lindezas.

Intento hacer un bosquejo, lo mejor que puedo, del intelectual como un hombre y no una entelequia amorfa. Además de todo lo ya señalado, el intelectual tiene sobre sus espaldas el deber de hacer lo más útil posible todo lo que escribe, lo que ocurrirá en tanto sus palabras sean comprendidas y tengan un público cautivo en espera de ellas. En otras palabras, hacer accesible la obra artística, la reflexión, a la mayor cantidad de gente posible. ¿Ponés cara de extrañeza? Ya te imagino frunciendo el ceño y llevando una de tus manazas a la frente; ya te imagino con esos ojos penetrantes, mirándome con rostro serio y frío; ya te imagino a punto disparar algunas palabras para debatir con la idea. Pero, para evitar confusiones y regaños, quiero partir de una idea tuya

...huelga decir que no estoy abogando por la facilidad, por la simplificación que tantos reclaman todavía en nombre de esa inserción popular, sin darse cuenta de que todo paternalismo intelectual, es una forma de desprecio disimulado. Las vanguardias intelectuales son incontenibles y nadie conseguirá jamás que un verdadero escritor baje el punto de mira de su creación, puesto que ese escritor sabe que el símbolo y el signo del hombre en la historia y en la cultura es una espiral ascendente; de lo que se trata es que los accesos inmediatos o mediatos de la cultura se estimulen y faciliten para que esa espiral sea cada vez más la obra de todos...<sup>12</sup>

---

<sup>12</sup> Julio Cortázar, “El escritor...”, *op.cit*, p.99

No abogo porque la obra literaria, la obra artística, termine en un panfleto con el argumento de la “facilidad”- tampoco dudo del papel y el valor que los panfletos llegan a tener en ciertos contextos y momentos- pero si la obra artística se *abarata* entonces pierde su razón de ser. Nace aquí una verdadera dicotomía: si una de las labores del artista, el escritor por ejemplo, es hacer creaciones artísticas- para el escritor escribir- bien vale la pena preguntarse para quién se escribe. Nuestras tierras tienen un índice de analfabetismo increíble, es cuenta corriente y los señores del poder, salvo aquellos donde el pueblo es o empieza a ser poder, nada hacen por erradicarlo y no nos extraña que así sea. ¿Para qué escribir entonces? No propongo, yo mismo no me lo perdonaría si así fuera, que se deje de escribir, pero no ha de escribirse, eso sí, para una minoría, para unos cuantos. Cuando vos decís *de lo que se trata es que los accesos inmediatos o mediatos de la cultura se estimulen y faciliten* creo entender que también el escritor, el intelectual, ha de facilitarlos, lo que quiere decir, en otras palabras, que la acción llama a los pensadores. ¿Cuál es el medio para hacer más fácil ese acceso? Yo pienso, querido Julio, que no existe otra manera si no haciendo posible que esa mayoría entre a escena, nunca más como un ente teóricamente llamado pueblo, sino como algo concreto, tan concreto como el aire que se respira. Se trata, según yo, de que el pueblo, como ocurre en Cuba, Venezuela, Bolivia y Ecuador, sea el poder. Vos escribiste al respecto:

Si es cierto que la imaginación es y será nuestra mejor arma para tomar el poder, entendiendo por poder una participación más estrecha, más eficaz en la lucha del pueblo por su identidad y su legítimo destino, nuestro quehacer tiene que articularse a base de técnicas más eficaces que las consuetudinarias, menos estereotipadas que las que emanan de nuestras tradicionales etiquetas de cuentistas, poetas, novelistas y ensayistas, y todo eso sin dar un solo paso atrás en lo que nos es connatural, *pero vinculándolo de una manera más capaz de llegar allí donde nunca llegará si seguimos en nuestro viejo circuito rutinario, por más bello, avanzado y audaz que sea en sí mismo.*<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> *Ibidem*, p.103.

Y no hay mejor manera que la de sumarse a esa gran ola, allí donde exista, o a la resistencia pequeña, que siempre existe, para romper con ese esquema.

\*\*\*

Coincidirás conmigo, Julio, que mientras no exista ese empuje del pueblo, mientras no exista esa toma del poder, nos toca a todos la resistencia contra los dueños del dinero. Al intelectual, al escritor, se le otorga la oportunidad de ser, en cierto modo, voz y portavoz de éstos a los que intentan silenciar.

El poder, allí donde éste es de una minoría, allí donde es Estado y representante de esa anti-latinoamericanidad, al negar al pueblo, al reprimirlo, trata de imponer una visión, su visión de las cosas, de la política, de la cultura y el mundo. Lo hace de muchos modos pero uno de los más importantes es a través del lenguaje utilizado, es decir, el poder *narra su verdad*. Ricardo Piglia (te pregunto a vos ¿qué tienen algunos argentinos que son, digamos, muy buenos y cambian la historia del mundo? Qué sería ésta sin Gardel y sin Piazzola, sin Cortázar, sin el Che, sin Maradona...) plantea un punto destacable:

A diferencia de lo que se suele pensar, la relación entre la literatura- entre novela, escritura ficción- y el Estado es una relación de tensión entre dos tipos de narraciones. Podríamos decir que también el Estado narra, que también el Estado construye ficciones, que también el Estado manipula ciertas historias. *Y en un sentido, la literatura construye relatos alternativos, en tensión con ese relato que construye el Estado, ese tipo de historias que el Estado cuenta y dice.*<sup>14</sup>

Quiero ejemplificarte con un caso mexicano, lamentablemente mexicano. Aquí condenaron, hace poco, a Ignacio Del Valle a ¡112 años de prisión! El delito de ese

---

<sup>14</sup> Ricardo Piglia, *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 23.

hombre sencillo y ejemplar es, y será, no doblarse ante el poder. En mayo del 2006, tras un operativo policíaco en el poblado de San Salvador Atenco en el que murieron dos jóvenes, apresaron a cientos de personas y violaron a varias mujeres (sí, como en las peores épocas de las dictaduras militares), Ignacio-*Nacho* como le decimos- fue detenido, acusado entre otras cosas de “secuestrador” y calificado como “delincuente”. En 2001, perdón si me extiendo pero es para que no te quede duda alguna, *Nacho* fue identificado como el líder del movimiento campesino que sacudió a México al echar atrás un decreto presidencial que expropiaba las tierras de Atenco para la construcción de un aeropuerto. El gobierno tuvo que recular ante la entereza de los campesinos que, machete en mano, defendieron sus tierras, su historia y, por eso, su futuro y su vida. Pero el poder cobró venganza en mayo del 2006. Acusado de “secuestrar” *Nacho* lleva en sus espaldas la mayor condena emitida contra cualquier luchador social en la historia de este país.

Ya te habrás dado cuenta de que es un luchador social, pero el poder, el Estado mexicano impone su discurso, su historia, su lenguaje, y lo tacha de *delincuente*, de *secuestrador*, mientras los verdaderos delincuentes andan como si nada ocupando gobernaturas y puestos federales, mientras los secuestradores de verdad ocupan presidencias-secuestrando instituciones y el Estado- paseando como si nada, se condena a *Nacho* y a más hombres y mujeres como a lo peor. Los medios de comunicación hacen su labor, difunden esa idea, la disparan en todos lados y narran su historia; de ese modo los *presos políticos*, *los luchadores sociales* son, nada más y nada menos, delincuentes. Ocultan otra verdad y dan por sentada su verdad. Esa es la ficción que narran intentando que el grueso de la población les crea.

Tú y yo, vos y yo, sabemos que corresponde al intelectual, al hombre de las letras, a la literatura en este caso. Se trata de dar voz a *Nacho* y los presos políticos del país; se trata de que el país, y el mundo todo, sepa la *otra verdad*, la que intentan silenciar y negar. Esa es la principal labor, la de no dar la espalda a ese pueblo que, porfiado y soñador, hace lo posible por ser.

En la visión del poder, extendida al grueso de la población, se trata de imponer una historia de terror en la que *Nacho* es la encarnación del demonio mismo. El intelectual, aquí en México y en otras tierras de esta gran tierra nuestra, debe deshacer ese relato, esa verdad, ese andamiaje construido a base de mentiras y manipulación. No hay otro camino.

Con ese ejemplo quiero decirte que el *poder impone su literatura*, lo que demuestra llanamente que ésta, *en sí misma*, es también un poder. Pero ese poder, Julio cronopio, como poder en sí mismo, puede atacar al poder. Es poder y da poder, por eso si decimos que existe una literatura del poder también, felizmente, existe *el poder de la literatura* y, mejor aún, *la literatura que se enfrenta a l poder*.

Enfrentarse a ese poder, es, se quiera o no, otra tarea del intelectual latinoamericano.

\*\*\*

Si el poder narra su historia, los que, por el momento y las condiciones no son el poder, también narran la suya. En ese sentido el escritor, sobre todo ese hombre que juega y hace clamor con letras y palabras, da voz *a los otros, a los negados*. Y es, precisamente,

donde una de las responsabilidades o misiones se cumplen, el intelectual, el escritor es voz y da voz a quienes condenados han sido al olvido y al silencio.

El intelectual olvida el sacrosanto altillo de marfil y se coloca- Piglia dice se *desplaza*- tratando de hacer visible esa tensión, en una confrontación de poderes.

“La verdad tiene la estructura de una ficción donde otro habla. Hay que hacer en el lenguaje un lugar para que el otro pueda hablar. La literatura sería el lugar en el que siempre es otro- el pueblo, el negado-el que habla.”<sup>15</sup>

\*\*\*

Bien puedes reclamarme que sólo he dicho responsabilidades y deberes del intelectual, que ni si quiera le he dado la oportunidad de darse un goce mínimo y puede que así sea pero no hay mayor goce, Julio del alma, que el de mirar a tu pueblo, siendo parte de él, haciéndose libre, así sea a punta de sufrimientos y sangre. Y el goce pleno, la felicidad, la realización del intelectual se encuentra en su creación artística pero también en su creación humana.

Sólo quiero sentar una idea más, como bien decís, se trata de la literatura en la revolución y de revolución en la literatura. No hay posibilidad de avance en la sociedad si no es, como dice la historia de la humanidad, a través de la revolución. Pero tampoco avanza la literatura si no se realiza una revolución en ella.

Entonces, Julio, no hay contradicción: se hace literatura en la revolución- para la revolución y la resistencia- como se hace revolución en la literatura y su resistencia.

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 37.

De ese modo, el intelectual, el hombre de letras, el novelista, el ensayista, debe ser, lo acepte o no, un revolucionario.

La verdad estiba, según parece, en que el intelectual capaz de sentir los dolores de su pueblo no sólo es un hombre de letras, es, también, un hombre moral, político y de acción cotidiana. Es un revolucionario en su medio pero también el medio que hace capaz su medio, es decir, en la realidad vivida y sufrida. Es un ser político y, por eso, un incesante buscador de la verdad.

Y es en su campo, en su medio, donde más puede contribuir-siempre acompañado de la honestidad y la acción- a que esta América sea, verdaderamente, como soñara Martí, nuestra América.

\*\*\*

Llega la hora de la despedida. Imagina, cronopio necio, que caminamos por las viejas y hermosas calles de La Habana; que te sigo platicando de mis ideas e inquietudes; que pasamos a la *Bodeguita* y al *Coppelia*, y que, turistas al fin y al cabo, andamos por el malecón como quien anda la historia. Imagina que nos tendemos entre los muchachos y muchachas cubanas, con la mágica intención de descubrir verdades tatuadas en las estrellas. Imagina que bebemos un par de cervezas- tú *Cristal*, yo *Bucanero*- y que, a pesar nuestro, partimos a casa de Roberto donde pasarás la noche antes de tu exilio definitivo, de ése del que de verdad quisiéramos arrancarte.

Imagina Julio que vos me decís “quizá algún día te conteste”, mientras gigante y magnífico me abrazas, como sólo tú sabes hacerlo y das vuelta a la perilla para entrar,

grande y majestuoso, en la eternidad mientras las lágrimas, nacidas de mis ojos, anegan por completo mi rostro.

Yo apenas alcanzo, paticorto como soy, a abrazarte mínimamente, mientras te adentras en esa casa, en ese abismo que es la historia.

Un abrazo eterno hecho de fuego y sueños.

Tuyo, este cronopio que por fortuna es también tu compañero y que, como decía el Che, es lo realmente importante.

## Bibliografía

Benedetti, Mario, “Situación del escritor en América Latina” en *Critica Cómplice*, La Habana, Instituto Cubano del libro, 1971.

Brecht, Bertolt, *Las cinco dificultades de decir la verdad*, en [www.lainsignia.org/](http://www.lainsignia.org/)

Cortázar, Julio, “Situación del intelectual latinoamericano, carta a Roberto Fernández Retamar.” en *Obra crítica, Tomo III*, (Edición de Saúl Sosnowski), Buenos Aires, Alfaguara, 1992.

-----, “El escritor y su quehacer en América Latina”, en *Nicaragua tan violentamente dulce*, Editorial Katun (serie realidad social), México, 1984.

Fernández, Retamar, Roberto, “Calibán”, en *Letras, Arte y Revolución*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1977.

Ambrosio, Fonet, “El intelectual en la Revolución”, en *Letras, Arte y Revolución*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1977.

Piglia, Ricardo, *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

Reyes, Alfonso, “Notas sobre la inteligencia americana”, en *Obras completas*, tomo XI, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

Rueda, Ana, *Cartas sin lacrar. La novela epistolar y la España ilustrada,, 1789-1840*, Madrid, Editorial Iberoamericana, 2001.